

ro, que avia à su voluntad, que fue su Cuchillo, porque el que menos tomó, salió mejor del caso; y Fernando Cortés, pidió por Testimonio, de cómo no podía el Rei dexar de perder aquella Noche su Quinto, y dixo à los Oficiales Reales, que lo tomaran, y salvaran, si pudiesen, y los que mas tomaron del Tesoro, fueron los del Campo de Narvaez, que se juzgó valia setecientos mil ducados, aunque muchos afirman, que Cortés dió vna Yegua à los Oficiales Reales, para que la cargasen del Quinto del Rei, la qual se perdió con ello, y tambien los Libros de la Cuenta, y Raçon de la Real Hacienda, y los Memoriales, y Escrituras pertenecientes à todo lo sucedido, desde que Cortés salió de Cuba. Avia Cortés mandado avisar à todos, y ordenó à Alonso de Ojeda, que mirase los Aposentos, que no quedase ningun Enfermo, ni dormido. Acordóse, que à vno llamado Francisco, aquella Noche le dió frío; subió à vna Açutea, hallóle dormido, tiróle de los pies, dixole, que mirase, que se iban, y si se quedaba le matarian: dióse prisa, y alcanzó la Compañia. Llevaba Cortés vna Puente, porque sabía, que las de la Ciudad estaban quebradas. Dió la Vanguardia à los Capitanes Gonçalo de Sandoval, y Antonio de Quiñones, con docientos Hombres, y veinte Caballos. La Retaguardia à Pedro de Alvarado, Christoval de Olid, Diego de Ordás, y Juan Velazquez. Cortés gobernaba lo demás del Exercito. La Puente llevaban cinquenta Hombres, con el Capitan Magarino, todos escogidos, y juramentados de morir; y si como llevaban vna Puente, fueran tres, pocos se perdieran. Llevaban vn Hijo, y dos Hijas de Motecuhçuma, y otro su Hermano, y algunos Señores, que tenían presos, con intento de servirse de ellos de medio, para cobrar la Ciudad; tomó para si cien Soldados escogidos, para acudir à las necesidades. Los de à caballo, tomaron à las ancas à los heridos, y enfermos, y de esta manera salieron con silencio. No fueron sentidos, hasta que Magarino puso su Puente sobre el primer Ojo, à Açequia de este primer Lugar, que se llamaba Tecpantzinco; y aviendo pasado quasi todos esta Açequia, que era al punto de la media Noche, vna Muger, que iba por Agua

al mismo Foso, vio los como iban en silencio, y todos ordenados, y luego dió voces, llamando à los Mexicanos, para que saliesen contra sus Enemigos, que secretamente se iban huyendo. A las voces de esta Muger, despertó vna de las Velas, que estaban en Centinela, en vna de las Torres del Cu, y Templo de Huitzilopuchtli, y dando voces à todos los de la Ciudad, para que se pusiesen en Arma, tiraron muchos Tizonazos, y acudieron infinitos Indios en vn momento, como no tenían para que detenerse en Armas; peleó con ellos valientemente, mató muchos, puso bien la Puente, pasó el Exercito, y los Indios Amigos. Avian acudido en el entretanto à las otras Puentes infinitos Mexicanos; procuró Magarino levantar el Ponton, no le pudo sacar, porque afixó mucho, y los Enemigos le cargaban, metiéndose en Canoas, y por Tierra, y hirieron à muchos de los cinquenta Compañeros. Era grande la grita, diciendo: mueran los Perros Christianos. Llegaron al segundo Ojo de la Calle de Tacupa, llamado Tolteacaaloco (porque en esta avia tres no mas, y en la de Itzamalapan siete) y no avia mas de sola vna Viga, y no ancha, y los de à caballo no podian pasar por ella; y como aqui cargó la fuerça del Enemigo, fue miserable el estrago, que se hizo en los Christianos, y tanto el que ellos hicieron, en los Mexicanos, que con los Cuerpos muertos se cegó el Ojo, y Cortés no se descuidaba, porque hacia el oficio de Soldado, y de Capitan valerosamente. Halló por vn lado de esta Açequia vn Vado, y pasó por él, con el Agua à la Silla, y pasaron los de à caballo, y algunos de à Pie. Bolvió al Agua, y peleando en ella, dió lugar à que muchos de à pie pasaran por la Viga, quedando muertos, y ahogados muchos Castellanos. Llegaron al tercer Ojo, adonde Gonçalo de Sandoval estaba ya peleando, y bolvió à Cortés, dixole, que no era mucha la Gente, que defendia el tercer Ojo, pero que los Soldados estaban desanimados, y convenia, que acudiese con su presencia. Pasó la Vanguardia, dexóla à cargo de Juan Xaramillo, y bolvió à ver, como andaba Alvarado, en la Retaguardia. Topóle Christoval de Olid, dixo, que Alva-

rado estaba en peligro; pasó el Ojo peleando, topó con Alvarado, y certificandole, que aunque quedaban muchos muertos, avian ya pasado los vivos, fueron adelante: espantosa cosa fue el aprieto, que hubo en este paso, y lastimosa, el oír à los Castellanos: Aquí, aquí; ayuda, con la escuridad de la Noche. Los que parecían en el Agua, decían: Socorro, que me ahogo: Los Presos: ayuda, que me llevan: Los que morian: Dios sea conmigo, Misericordia: Los Vencedores decían: Mueran, mueran. Y de esta manera todo era grita, confusion, heridas, muertes, prisiones, espanto, angustias, y gemidos. Avia se reducido la Batalla, en la vltima Puente; y como Cortés, por hacer espaldas à su Gente, se avia quedado atrás, oiendo la grita, acudió con cinco Caballos, viólo todo confuso, y perdido, muchos muertos, ahogados, y presos; oió dolorosas voces de los que morian, y aunque algunos peleaban, no avia Hombre con Hombre. Peleó lo que pudo, animólos, y concertólos. Alvarado, que iba detrás, y era muy cargado, y resistia valientemente, su maior cuidado era dar prisa en animar à que le siguiesen, y tambien menear las Manos, y ya todo era pasar sobre cuerpos muertos, y oír dolorosas voces; pero aumentandote los Enemigos, y creciendo su furia, grita, y rabia, viendo, que ya no se podia mas hacer, y que era el vltimo remedio la muerte, y no aviendo paso en aquel Ojo, sino el de el agua, adonde era cierto el peligro de ser ahogado, ó muerto, ó preso, de los que andaban en las Canoas, que eran infinitos, arrimandose en su lanza, saltó de la otra parte de el Agua, con gran admiracion de los que lo vieron, así Castellanos, como Indios, y con su exemplo probaron muchos; pero ninguno alcanzó. Algunos se ahogaron, otros salieron de el Agua con dificultad. Llamaronle desde entonces Alvarado de el Salto, y al paso, el salto de Alvarado, porque era tan ancha el Açequia, ó Arroyo, que admiró siempre à quantos lo vian, y espanta à todos los que oí el ven. Era natural de Badajoz, Hijo de el Comendador de

Lobón.

Tomol.

C A P. LXXII. Que Cortés prosigue su retirada por la buelta de Tlaxcalla, cargando siempre los Mexicanos; y se dicen los Españoles, que en esta Refriega quedaron muertos, y presos, y otra Gente, que murió en las Açequias.



ON este trabajo salieron los Castellanos à la Tierra Firme, quedando muertos ciento y cinquenta Soldados en la Refriega, con quarenta presos, que fueron Sacrificados, y ciento que bolvieron à la Torre de el Templo, à donde se hicieron fuertes tres Dias, y por la hambre se dieron, y murieron la misma muerte. Perdióse todo el Bagage, el Artilleria, y quanto tenían. Los que menos Oro tomaron, y mas ligeros iban, pelearon mejor, y libraron sus Vidas. Faltaron todos los Prisioneros, que llevaban, y quarenta y seis Caballos, y quatro mil Indios Amigos. No pudo Cortés tener las lagrimas, por tan gran pérdida. Acordóse de lo mal que hizo en no visitar à Motecuhçuma, luego que llegó à Mexico de buelta de la Costa, y Vera Cruz, y no averse salido quando pudo, sin peligro, y de aver repartido el Tesoro, que tanto daño hizo. Consideró la mudança de la Fortuna; dolianle los Amigos muertos, y verse con tan poca Gente, huyendo, sin saber à donde, sin comida, ni socorro; pero encomendandose à Dios, recogió, y ordenó los que tenía, que serian quinientos Soldados, y veinte y seis Caballos. Preguntó por Martin Lopez, halló, que estaba allí, y habló de ello; y tambien de que no se huviesen perdido Geronimo de Aguilar, ni Marina. Y porque cargaban los Indios con buena orden, se encaminaron à Tacuba: Aquí se subió vn Castellano sobre vn Cereço, y se estuvo hasta que viendo bolver los Indios de el alcance

Si 2

de Cortés, se metió en vnos Maizales, adonde halló otro, y se fueron salvos à él, y dixo, que los que bolvían, le parecían mas de docientos mil Indios: En esta tan temeraria Noche, (que los Españoles la llamaron la Noche triste) le mataron à Cortés à sus propios Ojos, vn Page, llamado Juan de Salazar, en la misma Calle de Tlacupa, luego à los principios de la Refriega; y así mismo se mostró muy valerosa en este aprieto, y conflicto Maria de Estrada, la qual con vna Espada, y vna Rodela en las Manos, hizo hechos maravillosos, y se entraba por los Enemigos con tanto corage, y animo, como si fuera vno de los mas valientes Hombres de el Mundo, olvidada de que era Muger, y vestida de el valor, que en casos semejantes suelen tener los Hombres de Valor, y Honra. Y fueron tantas las maravillas, y cosas que hizo, que puso en espanto, y asombro à todos los que la miraban. Casó esta Señora, con Pedro Sanchez Farfan, y dieronle en Encomienda el Pueblo de Tetela, à las Faldas de el Volcán; y muerto este primer Marido, casó luego con Alonso Martin Partidor, y vivieron en la Ciudad de los Angeles, hasta que murieron. Fue vno de los Soldados, que se salvaron en este trance. Juan Tirado, Hombre Valiente: Este fue el que hizo la Hermita después, que llamaron de los Martires, en este mismo lugar, como en otra parte decimos; pero duró poco este nombre, pues tampoco les convenia à los muertos, que iban cargados de Oro, y huyendo, por solo salvar las Vidas; y esta es la que Herrera dice, que oi Día se llama de los Martires, la qual se derribó, y ya no ai memoria de ella. Al amanecer llegaron à vn Barrio, que se llamaba Popotla, y Cortés, y los Capitanes, y Indios, fueron peleando por vn Camino, que va à Tlacupán, hasta llegar à este lugar, siempre de Noche, adonde no hicieron daño ninguno los Naturales à Cortés, de que se quejaron los Mexicanos, y siguiendo siempre à los Christianos; iba Cortés adelante, siguiendo la Retaguardia, por el hilo de los muertos; pasó adelante, y llegó à vna Quebrada, adonde se vieron en trabajo; bolvió Cortés à ver lo que pasaba; dió animo à todos su presencia, porque los Indios los fatigaban. Llevaba vn Castellano tres mil Pesos de Oro, y dixo: Señor, que haré de esto,

Herrera.

que no puedo andar? Respondió Cortés: Dad al Diablo el Oro, si os ha de costar la Vida; y hechólo, y salvóse con los otros. Seria ya salido el Sol, quando tomaron vn pequeño Templo, llamado Otoncalpulco, y en este trecho (según dice Frai Bernardino de Sahagún) mataron los Indios Enemigos à los dos Hijos de Motecuhcuma, que iban guiando à los Españoles. Llegados à este Lugar, parece, que milagrosamente Nuestro Señor Dios, movió los de vn Pueblo, que estaba allí cerca, que se llamaba Teocalhuicacan, con otros de otro llamado Tlilihquitepec, que eran Otomies de Tlaxcalla, los quales estaban poblados entre esta Nación Mexicana, y tenían muchos Amigos Mexicanos; y venidos todos juntos con Refresco para los Castellanos, se les ofrecieron à su Servicio, y prometieron de serles Amigos, porque aborrecían à los Mexicanos, por quarto su Rei Motecuhcuma los tenía muy oprimidos, y molestandos, con cargosos Pechos, y Tributos; y en este Socorro, que estos atribulados Hombres tuvieron en esta ocasion, podemos considerar la grande Misericordia de Dios; porque el aver castigado à estos Españoles, fue muy justamente hecho; y el no permitir, que todos fuesen acabados, y ordenar, que huviese quien les favoreciese, y acariciase, fue sapientissima, y clementissimamente ordenado, para que el proposito, que él tenía de hacer misericordia à estos Idolatras, convirtiendolos à su Santa Fè, procediese de la Clemencia, que usó con los Españoles, que mereciendo ser todos acabados por sus Pecados, perdonó à los que eran necesarios para la conclusion de este caso; y como Sabidor de todas las cosas, tenía sabido lo que avia de suceder à los Españoles, y dió orden, para que aunque muriesen muchos, no se acabasen todos, y que huviese estas Gentes, que en este conflicto los favoreciesen, y socorriesen, como hemos dicho.

Tenía el Templo de este Pueblo Otoncalpulco vna Torre, en vn alto, siendo todo el Campo raso, adonde los Caballos alanceaban muchos Indios, y aqui se señaló mucho Gonçalo Dominguez, Hombre diestro, y valiente. Desde lo alto de la Torre todavia se ofendia à los Indios, de manera, que no llegaban tan atrevidamente. Detuvo Cortés, esperando si acudían los Castellanos, que avian quedado en los Maizales; llegaron muchos, y vn So-

puer-

puerta con muchos Flechazos, que por hacerse muerto, escapó. A este Templo llamaron de la Victoria, y después Nuestra Señora de los Remedios. Entendióse, que los Indios hicieron mayor daño, sino se ocuparan en robar los muertos, y los Principales en llorar à los Hijos de Motecuhcuma, que tambien hallaron muertos en el camino. Los falsos Amigos, en los peligros faltan à los necesitados; pero como Dios es infinitamente sabio, y bueno, todas las cosas, que hace, son buenas, y muy acertadas, y encaminadas al bien de los Hombres, el qual como Ab-eterno, ordenó, en que tiempo, y por quienes avian de ser descubiertos, y conquistados los Moradores de estas Indias Occidentales; y porque Ministros avian de ser cultivados en las cosas de su Santa Fè Católica, aviendo ya llegado este tiempo por el ordenado, y señalado en su Mente Divina, para que esta Gente Idolatra, y obscurecida en las Tinieblas de sus errores, fuese alumbrada en su Santa Fè; y aquellos que fueron embiados al descubrimiento de esta Tierra, no fueron Hereges, ni Moros, ni Turcos, ni Judios, ni Gentiles, mas fueron Christianos Católicos, obedientes à la Santa Iglesia Romana, Españoles, Gente la mas limpia en las cosas de la Fè Católica, que en estos tiempos ai, los quales por ser Católicos Christianos, estaban obligados por el Voto de el Bautismo, hacer christianamente todo lo que convenia al servicio de Dios Nuestro Señor, y al buen tratamiento de sus Proximos, (aunque Infieles) y si esto ellos hicieran à los principios, no permitiera los grandes males, que les vinieron, ni que agora se vieran en este riesgo, y peligro; pero como queria salir con su intento, y proposito de convertir à estas Gentes, remediólo de manera, que aunque este día salen tan desbaratados, y con tanta pérdida, al fin guarda las Reliquias de estas gentes, para que de todo punto no perezcan, y puedan salir del poder de sus Enemigos, aunque con los trabajos, y riesgos dichos. Pasaron, pues, los Castellanos este Día à otro Pueblo, llamado Acueco, y allí tuvieron la Noche con harto temor, y sobresalto de los Mexicanos, recelando la gran copia de Gente, que podia seguirles: hicieron lumbré con mas de quatro Carretadas de Varas, y Flechas, que avian tirado los Enemigos,

combatiendo el Templo. Pasaron vna Noche muy triste, y trabajosa, acordandose de lo perdido, y del riesgo grande, en que estaban de presente, de perder lo que quedaba, con tanta penuria, y deshonra; algunos de cargados, y fatigados, se tendieron por aquellos suelos à dormir; los demás se pusieron en vela, y estuvieron esperando el fin de su vida, y rogando à Dios, que tuviese por bien de aver Misericordia de sus Animas, por sentirse cargados de culpas, y muy rodeados de Enemigos, y esperandolos por momentos. Fue Dios servido, de que los Tlaxtelucas, y Mexicanos se ocuparon en recoger los despojos de los muertos, y las Riqueças de Oro, y Piedras, que llevaba el Bagage, y en sacar à los muertos de aquella Acequia, y à los Caballos, y otras Bestias, porque quedase limpio, y desembaragado el lugar, y todo lo hecharon en vnos Sumideros hondos, que estaban allí cerca. De manera, que quedó limpia el Acequia, de todo lo que avia allí caído; y por esto no siguieron el alcance, y los Españoles pudieron ir poco à poco por su camino, sin tener mucha molestia de Enemigos. A los Indios les pesará después, de no aver querido seguir este alcance, porque puesta la ocasion en las manos, y perderla, es caso, que pocas veces buelve à recuperarse, y lo mas cierto es perderse. Plutarco cuenta, que yendo los Galos contra los Romanos, y aviendolos vencido, y puesto en huida, no quisieron seguir el alcance, y dice, que los Barbaros, casi no creían aver hecho vna Victoria tan grande, y que en lugar de ir tras de ellos, y de seguirlos, cobraron tanto placer, que se olvidaron de la Victoria, y se quedaron allí à reposar, y à partir entre ellos el despojo, que avian hallado dentro del Real de los Enemigos; y que si huvieran profeguido cuidadosamente su Victoria contra los Romanos, que huían, ninguna cosa pudiera estorvar, que la Ciudad de Roma fuera de aquella vez destruida, y todos los que se avian quedado dentro de ella, heridos, y muertos, y era grande el espanto, que ponían los que iban huyendo, à los que los acogían, y la turbacion, y enagenamiento de sentido de que ellos iban llenos. Pero porque se quedaron, y no profi-

Plutarco.
in vita Furij Camil.

guies